

PALOMA NAVARRETE

OTRAS  
FRONTERAS,  
OTRAS REALIDADES

EL APRENDIZ DE BRUJO



Ediciones  
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Paloma Navarrete, 2015

Diseño de cubierta: Adrià Moratalla Castro

Primera edición: noviembre de 2015

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2015  
Ediciones Lucièrnaga  
Avenida Diagonal, 662-664, planta 7  
08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-15864-84-4

D. L.: B. 18.586-2.015

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

# ÍNDICE

<b>Prólogo</b>	<b>11</b>
<b>Introducción</b>	<b>15</b>
<b>1. De nuevo en la frontera</b>	<b>17</b>
Así empezó todo	17
El anciano del bosque	19
Una experiencia imprevista	21
De don Diego a André Malby	24
La magia existe	26
<b>2. El arranque definitivo</b>	<b>31</b>
Los primeros pasos	31
Monsieur Auguste	34
Un poco más de teoría	37
<b>3. Todo está en todo</b>	<b>43</b>
Fundamentos de la magia	43
El círculo mágico	47
Un caso providencial	50
Cruces Hartmann y algo más	53
<b>4. Una magia no muy santa</b>	<b>57</b>
Madame Lourdes	57
El aura humana y el efecto árbol	61
Las agujas	64
La bilocación es posible	67

<b>5. La energía de los elementos</b>	<b>71</b>
El Fuego	71
El Agua	73
El Aire	75
La Tierra	78
<b>6. Los reinos de los elementos</b>	<b>81</b>
Los espíritus elementales	81
Visita al reino de la Tierra	82
Visita al reino del Agua	87
<b>7. Otros mundos, otros viajes</b>	<b>93</b>
Visita al reino del Aire	93
Visita al reino del Fuego	96
Una bajada al inframundo	100
<b>8. El mundo onírico</b>	<b>103</b>
El arte de soñar	103
Un alma de quita y pon	106
El camino perdido	109
Un sueño recurrente	112
<b>9. El pendulito</b>	<b>117</b>
<b>10. Una de castillos</b>	<b>125</b>
Doña Violante	125
Una dama desdichada	128
Las psicofonías	131
Los límites del saber	135
<b>11. Un regalo del universo</b>	<b>141</b>
Cumpleaños feliz	141
Una visita sorprendente	145
Un astral inesperado	148

<b>12. Una aventura muy enriquecedora</b>	<b>153</b>
Un viaje al solsticio	153
La caverna	157
El nahual	159
La Fiesta del Fuego	162
El lobo gris	165
<b>13. La Orden del Temple</b>	<b>171</b>
El caballero templario	171
El Baphomet	176
Conclusión y cierre	182
<b>14. La ciudad encantada</b>	<b>185</b>
Un lugar de poder	185
Las Perseidas	189
La transformación	192
Ruegos, preguntas y explicaciones	195
Los romanos	197
Dormir, soñar, ¿tal vez viajar?	201
<b>15. El último caso</b>	<b>203</b>
El hermano desaparecido	203
El descubrimiento	208
El desenlace	211
<b>16. La magia oscura</b>	<b>215</b>
Miedo, brujería y espíritus malignos	215
El poder de los muertos	218
Enfermas de brujería	221
Un brillante exorcismo	223
<b>Conclusión</b>	<b>227</b>
<b>Agradecimientos</b>	<b>229</b>

## PRÓLOGO

Hace mucho, mucho tiempo, mis padres me inculcaron el valor del respeto. El respeto a las personas desconocidas, independientemente de su edad. Para mis padres, daba igual que mi interlocutor tuviera veinte u ochenta años. Tratamientos de cortesía como «usted», «por favor», «permiso» y «gracias» fueron de las primeras palabras que aprendí cuando llegó el momento de entablar conversaciones con personas que fueran más allá de las Tortugas Ninja o los superhéroes de Marvel.

Con el tiempo, descubrí que esa vital instrucción era perfectamente aplicable a cosas inertes o intangibles. Respeto a la naturaleza, a las piedras que siembran las montañas, a los sentimientos que no se pueden definir y a todas aquellas cosas que, siendo limitados como somos (casi) todos, no llegamos a alcanzar.

Cuando se trata de hablar del potencial de una persona, son cinco las condiciones que gratuitamente exijo para alcanzar la excelencia. Éstas son: curiosidad, observación, perseverancia, sacrificio y pasión. Y en ese orden, porque la curiosidad es la puerta que se abre para mostrarnos un mundo de infinitas posibilidades.

Y es esa inagotable curiosidad la que me lleva a adorar determinadas «-logías» como la ufología y la parapsicología; pero no, nunca he visto un ovni ni he tenido experiencias cercanas a la muerte ni he realizado un viaje astral. Muy a pesar de ello, Paloma Navarrete me sigue llamando «aprendiz de brujo».

No, no lo negaré, no me esconderé. Me gusta. Me gusta que Paloma me llame así. Porque me enseñaron que, ante lo(s) desconocido(s), debía ante todo mantener respeto. Al menos hasta que me lo faltaran a mí. Como eso no ha sucedido, sigo respe-

tando el trabajo de Paloma. Sigo respetando las palabras de Paloma. En el fondo no sé si soy un aprendiz de brujo, pero en la vida nunca dejamos de ser aprendices, aunque a veces nos dediquemos al arte de la instrucción. Pero, insisto, me gusta.

¿Daría yo la cara si alguna vez experimentara algo que a ojos de los no aprendices no fuera bien contemplado? Quién sabe, nunca he experimentado nada que no se aclarase con un par de palabras. Yo, que me dedico a las palabras. ¿Miedo al qué dirían? ¿Miedo a que me llamaran loco? Me han llamado tantas cosas en la vida, buenas y malas, que uno al final, cuando inicia la senda de la investigación, está por encima de eso. Esa senda puede recorrer la Capilla Sixtina de Michelangelo Buonarroti o *La última cena* de Leonardo da Vinci, el verdadero sentido del deporte a través de un viaje en el tiempo surcando Olimpia y Knossos o simplemente abriendo los ojos y ver más allá.

No me refiero a ver lo que ve Paloma. Me gusta más el cómo lo ve. El primer paso de Paloma, la curiosidad, convirtió a esta maestra en una especie de Peter Pan. El segundo paso, la observación, hizo de ella en su aventura en Guatemala una aprendiz de chamán. El tercer paso, la perseverancia, transformó esos tres años de sentimientos encontrados en un Master de la Vida. Con V mayúscula. El cuarto paso, el sacrificio, es el que más me llama la atención. Posiblemente, querido lector, cuando leas estas páginas quizá yo tenga una conversación pendiente con Paloma. Una de esas conversaciones que desnudan el alma y profundizan en las cuevas más recónditas de nuestro ser. ¿Qué o cuánto sufrió Paloma mientras estudiaba un sinfín de materias que ella consideraba imprescindibles mientras algunos invidentes de corazón y obturados de mente señalaban y criticaban lo que no alcanzaban a ver?

Ese es el camino del investigador. El camino del guerrero, en su acepción metafórica menos beligerante.

No puedo escribir lo que vais a encontrar en este libro. Lógicamente, si lo tenéis en vuestras manos, no es ni mucho menos por culpa de este loco enamorado del Renacimiento italiano. Algo me dice que disfrutaréis del camino y que, ajenos a los pre-

juicios, entenderéis, o lo intentaréis, cuál es la misión de Paloma Navarrete.

¿Quién sabe? Igual entre sus páginas descubríis que sois tan afortunados como un servidor. Igual os sorprendéis al daros cuenta de que, sin quererlo, os habéis convertido en alguien de mi misma especie.

Aprendices de brujos.

PD: ¿Sin querer? No lo creo, querida Paloma, no lo creo...

**Christian Gálvez**

## INTRODUCCIÓN

Cuando terminé *Experiencias en la frontera*, pensé: misión cumplida, he sido capaz de plasmar por escrito experiencias importantes de mi vida esotérica, de mi aprendizaje con el chamán don Diego. Y me dispuse a disfrutar del reposo del guerrero. Estaba decidida a continuar con mis clases y cerrar el capítulo de la escritura, pero esta decisión duró pocos meses. En mis sueños volvió a aparecer mi amigo, el anciano sabio, para «sacarme de mi pereza», decía él con expresión muy seria, mis alumnos pedían más, mis fieles tuiteros se impacientaban y Laura Falcó, mi diablo tentador, me urgía a poner fecha para un segundo libro. Así fue como una noche, sin saber muy bien por qué, me encontré sentada ante mi mesa, frente a un cuaderno virgen, sin saber tampoco por dónde empezar.

Escribir para mí supone un trabajo de artesanía, lo hago a lápiz, con sacapuntas y goma de borrar, no sé hacerlo de otra manera, las ideas están asociadas al ritmo de mi escritura. El ordenador es demasiado impersonal, ante él me quedo muda de ideas.

Las raíces de la magia se esconden en la prehistoria. La tradición mágica ha pervivido a lo largo de los tiempos y su manera de operar responde a una determinada concepción del mundo y a unas leyes y conocimientos específicos. Hasta nosotros han llegado numerosos escritos que lo atestiguan, así como los hechos de grandes magos dotados de inteligencia y poderes extraordinarios. Filósofos tan importantes en la evolución de nuestra cultura como Empédocles y Parménides fueron magos.

El inicio del aprendizaje de un mago consiste en desarrollar capacidades que hoy llamamos extrasensoriales, como la videntes, junto a otras también imprescindibles en los trabajos mágicos: voluntad, paciencia, concentración. El mago necesita conocer los inmensos yacimientos de energía que tenemos a nuestra disposición, aprender a incorporarla para adquirir poder y aplicar éste para obtener resultados tangibles en nuestra realidad.

Aunque los límites entre parapsicología y magia son difusos, la magia la trasciende. El vidente «ve», el mago ve y sabe cómo actuar.

Este tipo de magia se conoce como magia blanca o natural y de ella quiero hablar un poco, de sus fundamentos, técnicas y rituales, y para hacerlo de la manera más amena posible, ilustrarlo con experiencias vividas por mí y por mis «esforzados aprendices», convertidos hoy en Equipo Trece.

En el lugar donde me inicié nunca oí hablar de magos, sólo de brujos y chamanes, pero en nuestro mundo la brujería y los brujos están asociados a la magia negra, terreno peligroso y desconocido para mí, aunque en algunas ocasiones haya atisbado y podido comprobar sus resultados. Los demonios y espíritus malignos no tienen cabida en este libro.

En él no existe un orden cronológico, al fin y al cabo en el Otro Lado todo es presente, y me es muy difícil situar los acontecimientos según las reglas de este mundo, gajes del oficio de vivir en la frontera. Los sucesos se entrelazan como un manojo de cecezas, así y todo espero haber conseguido una cierta unidad.

Tampoco este libro es un tratado de magia, su única pretensión es abrir puertas a la curiosidad del lector interesado en traspasar los límites de nuestra pequeña realidad.

## DE NUEVO EN LA FRONTERA

**Así empezó todo**

Hacía ya unos años de mi regreso a Madrid y había conseguido adaptarme más o menos al medio. Mi marido ya era ex. Mi matrimonio había sido anulado en Roma y era madre soltera con dos niñas a mi cargo, situación no muy bien vista en aquellos tiempos. Terminaba unos estudios y empezaba otros con una gran impaciencia por aprender, y tenía en marcha mi consulta de tarot. El viejo piso amueblado donde vivía por entonces era una casa abierta en la que entraban y salían los amigos, crecían mis hijas y pasaba consulta.

Era invierno, había logrado quedarme sola en casa una tarde de domingo y la estaba disfrutando a base de escribir poemas para niños y divagar sobre mi vida y mi futuro. En la mesa, una máquina de escribir y mi bola de cristal. Miraba la bola distraída, sin pensamientos definidos, cuando alguien «se coló» en ella y presté atención.

Era un señor de unos sesenta años, con un aspecto estupendo pero un poco antiguo, una cara inteligente y unos ojos para no olvidar. No lo conocía de nada.

Me quedé muy sorprendida, no lo había invocado ni, por supuesto, lo esperaba.

El señor parecía divertido y, muy cortés, se presentó.

—Soy José Navarrete, diputado en las Cortes españolas y espiritista. —Al ver mi cara de asombro, continuó—: Veo que no estás muy al día en cuestiones de historia familiar.

Me recuperé un poco de la sorpresa y me atreví a decir:

—Ya que vamos a hablar un rato, ¿puedo llamarte tío?

El señor asintió sonriente, antes de ponerse serio e iniciar una larga perorata. Me vino a decir que había llegado el tiempo de transmitir mis conocimientos a las personas dispuestas a aprender. Que estaba perdiendo el tiempo distrayéndome con cosas menos importantes.

—Pero si ya estoy enseñando tarot —exclamé.

—Sí, eso está bien, pero sólo es el principio. Debes seguir profundizando. Has tenido la suerte de que un chamán te eligiera y te enseñara. Tu chamán era un nahual, deberías recordar algo que te dijo: «Un nahual tiene la seguridad de que los humanos son seres extraordinarios que viven en un mundo extraordinario, por lo tanto ni el ser humano ni el mundo deben ser aceptados como corrientes, anodinos, previsibles y sin brillo. Un nahual tiene la misión de ayudar a sus aprendices a considerarse a ellos y a su entorno como realmente son: extraordinarios, asombrosos.»

En efecto, eran las frases que don Diego pronunció una de las pocas tardes de «clase teórica».

—Tío José, ¿tú cómo lo sabes?

Mi tío, o lo que fuera, soltó una carcajada y añadió:

—Aquí no existe el tiempo.

Empecé a angustiarme, no me veía capacitada para convertirme en maestra, no sabía lo suficiente.

—Pues aprende. Lee, estudia, experimenta. ¿No enseñas tarot? Porque no lo parece. El tarot es una filosofía de vida, no basta con desentrañar sus símbolos; los arcanos son arquetipos vivos que debes incorporar, viven en tu inconsciente, activa el que necesites. El Ermitaño es el tuyo, según dices, pues ponte su capa, coge su farol y busca conocimiento.

Me quedé atónita, este señor sabía muchas cosas de mí. Claro que el Ermitaño era mi arcano favorito, con el que intentaba identificarme, el que aparecía con frecuencia en mis sueños y me hablaba a veces, dejándome hecha un mar de dudas.

El tío José debió captar mis pensamientos, porque, ante mi cara de asombro, le entró la risa y continuó:

—No puedes guardar lo poco o mucho que sabes para ti, se-

ría una manera muy egoísta de enfocar tu vida. En el mundo se está produciendo un cambio de paradigma, una lenta transformación de la conciencia, y mucho me temo que tu obligación es colaborar en esa transformación enseñando lo que sabes a quienes quieran aprender.

—Pero si quien tiene que seguir aprendiendo soy yo. ¿No me puedes enseñar tú, que eres espiritista y sabes tanto? —exclamé.

—Ah, no, niña, la etapa de los maestros ha terminado para ti, ahora te las tienes que arreglar tú solita —dijo, y desapareció.

Me quedé atónita, mirando la bola, incapaz de procesar de manera coherente todo ese «paquete» de información recibido de forma tan imprevista. Había caído la noche y mis niñas no tardaron en llegar con sus voces, sus risas, su cuidadora y su perro. Y regresé a la realidad cotidiana.

## **El anciano del bosque**

Esa noche tuve un extraño y enigmático sueño. Yo era una peregrina, andaba sola entre otros muchos caminantes por un sendero bordeado de grandes árboles, un hermoso y verde bosque. Se respiraba un aire limpio y templado. Iba a buen paso, centrada en el ritmo de mi respiración, ensimismada en los aromas y los sonidos de la naturaleza, disfrutando, cuando me percaté de que estaba sola en el camino, el resto de los peregrinos habían desaparecido; la luz disminuía a ojos vistas y no tenía albergue para pasar la noche. El bosque era otro, mucho más amenazador, y empecé a sentir miedo. Tranquilidad, Paloma, me dije a mí misma, la Tierra es tu aliada, te dijo tu chamán, y no te va a fallar. En fin, pensé, será cuestión de encontrar un buen rincón para dormir y mañana seguir mi camino. Lo curioso es que sabía que debía continuar mi viaje pero desconocía mi destino. Me adentré en la espesura y entre los árboles divisé una pequeña luz. Un albergue, pensé esperanzada, y aceleré el paso. En efecto, una pequeña casa se alzaba un poco más allá. Llamé a la puerta sin dudar, y en el umbral apareció un anciano barbudo envuelto en una capa, sus ojos azules eran amables.

—Buenas noches —saludé—, me he perdido. ¿Me puede indicar algún lugar donde poder pasar la noche?

—Pasa, pasa, no te quedes ahí —me indicó, haciéndome entrar en un agradable salón con un buen fuego de olorosa madera—. Esto es un albergue, aunque a él lleguen pocos peregrinos. Está muy escondido y su luz no llega lejos. Siéntate, siéntate. Tendrás hambre, ¿no?

En ese momento me di cuenta de que estaba hambrienta.

—Sí, señor —respondí.

—Eso tiene fácil arreglo. —Y en un gran bol, que sacó de alguna parte, sirvió un buen cucharón del contenido del puchero suspendido sobre el fuego de la chimenea. Me lo ofreció humeante y se sentó frente a mí. La verdad es que el guiso olía de maravilla y me dispuse a dar buena cuenta de él—. ¿De dónde vienes, hija, y adónde te diriges?

Su pregunta me dejó confusa. Me di cuenta de que no podía responderle, no me acordaba de nada, tan sólo sabía que caminaba hacia un lugar al que era necesario llegar, pero el resto se había borrado de mi memoria.

—No puedo decirle, estoy un poco despistada —respondí, un tanto avergonzada.

—Bueno, bueno —murmuró como hablando consigo mismo—. Al menos estás aquí, algo es algo.

No comprendí muy bien lo que quería decir, así que pregunté:

—¿Por qué es importante que haya llegado aquí?

—Pues porque has sido capaz de ver la luz de mi casa y dirigirte hacia ella sin miedo. No todos los caminantes lo hacen, tú debes de ser una buscadora, y si es así no te quedará más remedio que seguir viaje.

—Pero ¿hacia dónde?

—No te preocupes, el viaje es largo y en él habrá muchas estaciones, pero si no tomas atajos el camino te llevará a donde debe, te lo digo yo, que he viajado mucho. Todo es cuestión de aprender, a eso hemos venido.

—¡Si no paro de estudiar! —exclamé.

El anciano se rio hasta que se le saltaron las lágrimas.

—No se trata de empollarte todos los libros, es otra cosa, se trata de incorporar a tu vida lo que estudias, de experimentar, de interiorizar y entender lo que vives, de no conformarte con la pequeña realidad, de ampliar tu visión de otras realidades, de concebir el mundo como es y no como se presenta. En definitiva, de sacar partido a lo que eres como ser humano. Así, cuando llegues a mi edad sabrás un poco más y también habrás descubierto adónde te dirigías.

El anciano se acercó a mí, tomó el bol vacío de mis manos, me tocó la frente y... sonó el despertador, qué oportuno. Era lunes, las siete y media, había que ponerse en marcha.

Recordaba el sueño perfectamente, hasta tenía en la boca el sabor del delicioso pote y en mi mente todo lo que el anciano había dicho. Durante el viaje al trabajo le di vueltas y vueltas en la cabeza, y en cuanto llegué al laboratorio lo escribí para no olvidarlo.

## Una experiencia imprevista

La visita del espiritista y el sueño con el anciano me dejaron muy conmocionada, pero preocupaciones más inmediatas reclamaban toda mi atención. Las niñas, sus estudios, el laboratorio, la consulta y mis contactos con el Más Allá, que cada vez eran más frecuentes, exigían todo mi tiempo, aunque al fin y al cabo vivía en este mundo y tenía una vida social, de modo que decidí acudir a una reunión muy «mundana» en casa de unos conocidos. Realmente no sé muy bien si había sido invitada como elemento exótico, para dar un toque original a ese festejo burgués. Me puse mis mejores galas, que eran pocas —pasaba por una etapa de vacas un poco flacuchas— y me presenté a la hora convenida con los bombones de rigor, en un estupendo piso del Madrid antiguo. Me abrió la puerta una doncella uniformada, y mientras le entregaba el abrigo vi a una señora enlutada sentada en una esquina del espacioso hall. Me sorprendió su presencia y mucho más lo que me dijo —«He de hablar con Margarita, es urgente»—. No podía detenerme, debía seguir a la doncella rumbo al

salón, saludar a los dueños de la casa, ser presentada a los desconocidos y entablar triviales conversaciones con unos y con otros.

Margarita nos dio una cena excelente y después de cenar, con mucha habilidad llevó la conversación a mi terreno. Había llegado mi hora, qué le vamos a hacer. Unos eran firmes creyentes en las capacidades extrasensoriales, otros eran acérrimos defensores del racionalismo más cartesiano, algunos habían tenido experiencias extrañas. En una reunión tan numerosa había ejemplares para todos los gustos. Yo escuchaba, asentía, discrepaba, defendía; en realidad intentaba hacer tiempo hasta la hora de irme para no tener que actuar, ya había pasado el sarampión del protagonismo. No hubo suerte, la anfitriona insistió:

—Anda, dinos algo, Paloma. ¿Es verdad que puedes ver el futuro o las cosas que han pasado en nuestras vidas? ¿Puedes ver a los espíritus?

Tenía frente a mí un «jaibolito»\* que hacía las veces de bola de cristal, y en ese momento apareció la señora enlutada.

—He de hablar con Margarita —me repitió. En vista de la urgencia del mensaje me decidí a intervenir.

—Tengo delante de mí a una señora vestida de negro, tiene unos ojos muy azules, una alianza en el anular izquierdo, unas gafas colgadas de una cadenilla y es francesa.

—Es mi madre —exclamó Margarita totalmente alterada—. No es posible, mi madre murió hace diez años, siempre vestía de negro, de luto por la muerte de mi hermana. Pregúntale qué quiere.

Volví a concentrarme en mi whisky y la señora continuó:

—Tenéis un buen lío con la testamentaría de tu padre, tu hermano está barriendo para casa, para la suya, tiene más información que tú, pero no toda. Desgraciadamente tu padre dejó todo muy mal organizado, pensaba que era inmortal.

En ese momento, al marido de Margarita, que se había mantenido en el sector de los escépticos, se le despertó un enorme interés por su suegra. Me dio la impresión de que antes, estos dos no se habían llevado demasiado bien.

\* En América, bebida consistente en un licor mezclado con agua, soda o algún refresco que se sirve en vaso largo y con hielo.

—Pregúntale si sabe algo más, si podemos defendernos de Guzmán.

Volví a mi concentración y vi cómo la señora sonreía.

—¡Ay, hijo, cómo te gusta el dinero! A eso he venido. Margarita busca desesperada unos papeles en los que su padre expresaba su voluntad de que esta casa y ciertos valores fueran para ella; no es un testamento, pero pueden servir. Mira esta llave, la ha extraviado, pero está en la casa. En el mueble que abra esta llave están los papeles. Si quiere heredar, que ponga algo de su parte. Yo ya he cumplido y puedo irme. Por cierto, Paloma, no olvides la visita del diputado Navarrete ni lo que te dijo —añadió antes de despedirse.

Los asistentes guardaban silencio y los anfitriones poco menos que se abalanzaron sobre mí, preguntando ansiosos cómo era esa llave. Se la describí lo mejor que supe y hasta se la dibujé.

En cuanto tuve ocasión me despedí de todos, agradecí a los dueños de la casa tan agradable velada y me marché en compañía de un invitado que se ofreció, encantador, a llevarme a casa.

¿Quién dice que la casualidad existe?

A Enrique, mi *chevalier servant* de aquella noche, le acababa de conocer. No se había inmutado con el relato de la señora, pero, no sé por qué, iba muy intrigado con el diputado Navarrete. Me hizo gracia y le conté la visita de mi tío. Y, mira por dónde, él era espiritista. Se ofreció a investigar un poco, tenía acceso a mucha documentación y me prometió noticias en breve. Antes de dejarme en casa me advirtió: «No eches en saco roto las advertencias de tu pariente, no desperdicies tus talentos.»

Eran muchos avisos, y todos apuntaban a complicarme la vida. A los pocos días recibí a Margarita en la consulta. Venía a darme las gracias por mi ayuda, la llave había aparecido, los papeles existían, el hermano Guzmán estaba furioso, su marido exultante y ella feliz por seguir en casa de sus padres.

—A veces huelo el perfume de mi madre —me dijo—, la siento cerca de mí. Mi pobre madre, que sufrió lo suyo.

Le pregunté por Enrique, pero no sabía nada de él desde la noche en su casa.

—Enrique es muy misterioso —añadió—, aparece y desaparece.

Pensé que el buen señor había olvidado al espiritista, hasta que sonó el teléfono y pude escuchar una sorprendente información. José Navarrete fue uno de los diputados que, cuando se instauró la I República en España, presentó a las Cortes Constituyentes, en 1873, una proposición para que el espiritismo fuera aceptado como materia en el sistema de enseñanza. Y con esta proposición el espiritismo adquirió el nivel de estudio científico y universitario. Desgraciadamente, el golpe de Estado de 1874 terminó con esta iniciativa.

Resulta que el «tío José» había vivido en este mundo y dejado en él su impronta.

—Paloma, una vez más te digo, no eches en saco roto las peticiones de tu visitante. Nos veremos.

Y en efecto, nos vimos muchas veces. Fuimos muy amigos hasta que pasó al Otro Lado.

## De don Diego a André Malby

El espíritu del «tío José» había metido la inquietud en el mío y esa inquietud se acrecentaba día a día. Por qué los del Más Allá se empeñaban en que enseñara si ya estaba enseñando tarot, que era lo mío, si intentaba aclarar las ideas a los que venían a pedir ayuda y dar un poco de luz a los del Otro Lado. Si tenía tanto trabajo. En ésas estaba, sin saber muy bien por dónde tirar, cuando un verano, a mediados de los ochenta, empecé a oír hablar de un fitoterapeuta prodigioso. Un francés que curaba utilizando remedios a base de plantas y obtenía resultados sorprendentes. Su nombre y sus éxitos corrían de boca en boca. Vivía en un pueblo de la costa donde yo pasaba las vacaciones de verano. Don Diego me decía que, en ocasiones, las circunstancias señalan el camino a seguir, y decidí aprovechar las circunstancias. Me presenté en la consulta del sanador una tarde de agosto. La sala de espera estaba abarrotada, hacía un calor terrible y empecé a preguntarme qué hacía allí. Estuve a punto de irme, pero me quedé.

Los pacientes fueron pasando hasta que se vació la sala y, por fin, me tocó a mí entrar en el despacho. El sanador me saludó muy cordialmente y se interesó por el motivo de mi visita. El motivo era una mera disculpa, tenía una especie de verruguita en el canto de una mano que no había respondido a ningún tratamiento y esperaba que él pudiera eliminarla. André se echó a reír mientras me traspasaba con sus ojos. «Yo te quito la verruga, pero tú no has venido a eso, quieres algo más.» Me había descubierto y no me quedó más remedio que confesar mis ganas de conocerlo. «Ven, vámonos, por hoy he terminado.» Llamó a Daniela, su mujer, la joven que atendía la puerta y dispensaba los remedios prescritos, y salimos los tres en busca de una terraza donde tomar una caña y charlar. Cuando supo que era farmacéutica, me invitó a acompañarle alguna tarde a pasar consulta para ver cómo diagnosticaba y elegía las plantas terapéuticas. Antes de decirle adiós le recordé que no me había mandado ninguna pócima para la verruga. «No te preocupes, tu verruga es cosa mía, olvídate de ella.» Nos despedimos después de asegurarle que volvería a ver cómo trabajaba.

Me olvidé de la verruga, pero no de André. Unos diez días después de esa primera visita, me di cuenta de que la verruga había desaparecido y volví a su consulta. Daniela me recibió sonriente y él me hizo entrar en su despacho. «Mira, mira lo que has hecho —dijo, mostrando el canto de su mano izquierda, en el que aparecía una verruguita idéntica a la mía—, me la has traspasado, ahora me la tengo que quitar, no será difícil.» Pasé una tarde fascinante, nunca había visto a nadie con un conocimiento tan extenso de botánica y de química orgánica y con un ojo clínico tan agudo. Sus pacientes lo adoraban, a pesar de su mal genio y sus sermones.

André era un hombre extraño, magnético, imprevisible, ciclotímico, de una enorme inteligencia y una memoria prodigiosa. Nunca fue mi maestro, pero con él viví experiencias extraordinarias y aprendí muchas cosas. Ya no está entre nosotros, pero sigue vivo en otra dimensión.

Le he visto hacer cosas sorprendentes con la mayor naturalidad. Controlaba perfectamente su temperatura corporal. Vestía de la misma manera en verano y en invierno, camisa de manga

corta negra y pantalón negro. También mandaba sobre el ritmo cardíaco, podía reducirlo o aumentarlo a voluntad.

Recuerdo un viaje con él en mi viejo 127; iba yo conduciendo mientras él contestaba a mis preguntas cuando comprobé que mientras su cuerpo se escurría hacia abajo en el asiento, su cabeza casi tocaba el techo. «Para en la primera estación de servicio que veas, me tengo que bajar un momento», me dijo. Así lo hice, y mientras yo me tomaba un café, André empezó a caminar por los alrededores hablando solo. Había aumentado de tamaño, era más alto. Cuando regresó de su paseo ya había recuperado su tamaño habitual. «A veces pasan estas cosas cuando se toca la magia», observó.

Yo había leído sobre este fenómeno paranormal. Algunos médiums, cuando están en trance, pueden experimentar este alargamiento de su cuerpo, que, en ocasiones, como en el caso del famoso médium Dunglas Home, llegaba a los veinte centímetros, pero nunca había oído que este alargamiento, llamado «elongación», se pudiera producir en estado de vigilia.

André retomó la conversación en el punto donde la había dejado. Hablaba de magia.

## La magia existe

—La magia existe y es operativa. A nuestra disposición se encuentran unas enormes reservas de energía que el mago sabe utilizar y canalizar para conseguir sus objetivos. La energía no tiene signo, no es positiva ni negativa, adquiere esas características cuando se impregna de los pensamientos, emociones, deseos e intenciones del mago, que la puede utilizar para fines constructivos o, todo lo contrario, para destruir. Por eso se habla de magia blanca o magia negra.

—Sí, André, pero hablamos de personas y lugares cargados de energía positiva y negativa.

—Naturalmente, hay personas que emiten una energía sucia, cargada de agresividad, odio, rencor, envidia, y esas emociones son las que perciben los demás. Es una energía destructiva. En

cambio la energía de alguien cargado de optimismo, empatía y buenas intenciones es otra cosa. Lo mismo ocurre con los lugares. Todas las antiguas culturas han sabido de magia. Los druidas celtas eran magos, los chamanes siberianos y centroamericanos también, y no te digo los hechiceros africanos. Egipcios, griegos, romanos, todos la practicaron y en todas las culturas responde a los mismos principios, tan sólo cambia la forma de aplicarla. Cada cultura desarrolla sus propios rituales. Aunque no lo parezca, en la magia existe una lógica y responde a unas leyes. La ley de simpatía cósmica es la más importante.

»Hacia el año 140 a. C., un filósofo estoico llamado Posidonio de Apamea explicaba que todo lo que ocurre en un lugar del mundo afecta a otra parte del mundo sin que importe la distancia que los separa, y decía: «Lo interior es como lo exterior» y «lo superior es como lo inferior». Fíjate —añadió André— que esta idea implica un constante intercambio de energía entre el macrocosmos y el microcosmos. Hermes Trismegisto lo dijo con otras palabras: «Lo que es arriba es igual a lo que es abajo», y también dijo: «Todo está en todo.» Podemos usar lo que nos rodea como fuente de energía. A este poder los griegos lo llamaban *dynamis* y los modernos *mana* o prana, y para acceder a él sólo se necesita ser un canal, y el mago lo es. Vamos a comprobarlo, busca una salida de la autopista, métete por una carretera comarcal y veremos. Para saber hay que buscar.

En plan obediente, tomé la primera salida hacia un pueblo y, ¡*voilà!*, encontramos un camino rural que nos llevó al campo. Hacía un día espléndido, el sol brillaba y yo empezaba a sentirme intrigada. Aparqué como pude y salimos a la naturaleza.

—Mira el aire, mira hacia el cielo. Hay que saber mirar. ¿No dices que tu famoso chamán desarrolló tu visión? Pues mira, mira la atmósfera limpia y transparente que nos envuelve.

Nos paseamos tranquilamente por ese caminito, yo mirando el aire y pensando que me iba a dar un buen trastazo, y André a grandes zancadas, sin dejar de hablar, hasta que vi claramente las pequenísimas burbujitas plateadas que pueblan la atmósfera.

—Eso es mana, Paloma, energía pura que está a nuestra disposición. No tienes más que absorberla, canalizarla, dirigirla a un objetivo y serás «bruja». Eso es el poder que tenemos disponible para nosotros. Las fuerzas del universo son nuestras y las podemos utilizar.

Regresamos al coche y, por fin, llegamos al sur, a su casa. «Hola, casa», saludó al entrar, y aunque parezca mentira las plantas que tenía en la terraza se pusieron contentas, pude oír con los oídos pequeños grititos como de alegría. André se rio.

—Chicas, ya estoy aquí. Las plantas también hablan, Paloma.

Daniela nos esperaba, sonriente como siempre, había organizado una cenita para un grupo de «buscadores» interesadísimo en los fenómenos extrasensoriales, y después de comer André se puso en situación de demostrar algo.

—Paloma, mira cómo se puede utilizar la energía del universo para aumentar la tuya. —Cogió un aparatito de entre los muchos que tenía en su mesa y dijo—: Esto es un vúmetro (V. U.), que mide la expansión de energía. Lo voy a conectar a mí, no a ningún aparato. —Estableció un circuito entre el vúmetro y él. Puso un poco de saliva entre los dos electrodos conectados a su piel y preguntó—: ¿Qué marca la aguja en la escala medidora de energía?

—Cero, naturalmente —contestamos.

—Esperad un poco, no seáis impacientes.

Cerró los ojos y a los pocos minutos la aguja empezó a subir por la escala, midiendo un crecimiento de la energía emitida por André. Mientras todos permanecían atentos a la agujita, yo me dediqué a observar su aura, que aumentaba, aumentaba, y sus colores variaban al tiempo que la aguja subía en la escala.

—¿Veis? —dijo cuando se cansó del experimento—, aumentar y expandir la energía personal es posible. Todo es cuestión de saber usarla.

Lección aprendida. Puede que André no fuera un chamán, pero era un mago. Tenía «poderes» bastante extraordinarios y era posible que me enseñara a usarlos. Fuera lo que fuese, pensé que el «tío José» se había equivocado, todavía podía prolongar

la etapa de aprendiz, y estaba encantada. De todas maneras, agazapado en el fondo de mi conciencia permanecía un pequeño residuo de la inquietud sembrada por el espíritu. Todo se andará, pensaba yo para tranquilizarme, mientras continuaba mi camino de experiencias extraordinarias.